

FRANCISCO ESPINOLA

**EL RAPTO**  
Y OTROS CUENTOS

MONTEVIDEO

NÚMERO

1950

Francisco Espínola nació en San José de Mayo el 4 de Octubre de 1901. Reside actualmente en Montevideo, donde ejerce el profesorado. Ha publicado: *Raza Ciega*, cuentos, en 1926; *Saltoncillo*, novela para niños, en 1930; *Sombras sobre la Tierra*, novela, en 1933. En 1936 estrenó una pieza teatral: *La Fuga en el Espejo*. Tiene además en preparación una novela titulada *Don Juan, el Zorro*, de la que se conocen algunos capítulos, anticipados por varias revistas literarias.

Los cuentos que ahora edita NUMERO aparecen por primera vez reunidos en volumen. Aunque corresponden a fechas muy diversas fueron escritos, excluido "El Rapto", con posterioridad a *Sombras sobre la Tierra*.

3/2/1951  
FRANCISCO ESPINOLA

# EL RAPTO

Y OTROS CUENTOS

MONTEVIDEO

NÚMERO

1950

## EL RAPTO

La pequeña Margarita, casi en puntas de pie, revolvía lentamente con una cuchara, dentro de una olla puesta al fuego. Era ya noche. El rumor de la lluvia, que parecía querer contener todas las estridencias, apaciguarlo todo, envolvía la casa. De cuando en cuando el viento traía un gemido fugitivo como si algo pasara sufriente por los aires. Y el monótono son del agua ahogábalo en seguida en su murmullo de plegaria; de plegaria sorda y empecinada.

De la calle, una voz de mujer estrujó el corazón de Margarita.

—¡Pero ¿por qué eres así? ¡Entral ¡Entral

Otra voz, varonil, ronca, insegura, gritó:

—¡Usted es una perral ¡Usted es una perral

—¡Bueno! ¡Entral ¡No seas así!

Y surgieron en la puerta de la cocina: él, chorreando agua, la cara descompuesta; ella, cubierta la cabeza con un paño, mojado el rostro y los ojos secos y brillantes como los de un pescado.

La pequeña se volvió un momento hacia sus padres. En sus cabellos rubios se ataba una cinta azul. Tenía una carita linda y pálida y unos grandes ojos oscuros en cuya mirada había ese algo que se puede encontrar en el mirar inocente de las gacelas y en el de las mujeres muy desgraciadas y muy buenas. A los nueve años los niños no miran así.

El miedo contrajo sus pupilas obligándola a abrir desmesuradamente los ojos. La cuchara, pendiente de su mano, dejaba caer gotas sobre el piso.

El hombre fijó en su hija los ojos turbios.

—¡Al padre se le saluda! — masculló con ira reconcentrada.

Margarita, temblorosa, sin saber qué hacer, se dió vuelta y siguió revolviendo en el recipiente.

—¡El padre es el padre! — insistía él. — ¡Siempre y siempre es el padre!

Luego su voz se hizo débil y llorosa.

—¡Todos están en contra — exclamó. — ¡No hay respeto! ¡No hay cariño!... ¡Todo está perdido!

Caminó vacilante hasta desplomarse como un saco de trapos en una silla.

—¡Todo está perdido! — repitió.

Y ocultando la cara entre las manos comenzó a sollozar.

La madre se le acercó, le clavó sus ojos fríos y quiso decir algo. El alzó vivamente la cabeza.

—¡Silencio! — ordenó con imperio.

—Pero...

—¡Silencio, he dicho!

Un silencio angustioso se hizo en la habitación. Margarita continuaba de espaldas a sus padres. Al apagarse todo ruido turbador volvió a escuchar el manso rumor de la lluvia, que llegaba a su espíritu como una presencia pura, inocente, apiadada...

El hombre todavía permanecía erguido, con gesto autoritario. Su mujer, irresoluta, había clavado los ojos, aquellos ojos fríos, vidriosos y secos, de pescado, en la niña que, siempre de espaldas, seguía revolviendo el cocimiento; y vió de pronto cómo el pequeño ser se estremecía. Primero fueron las azules alitas de la moña, que se bajaron al inclinarse la cabeza;

luego, los hombros se sacudieron también; después, el cuerpo todo... Y un sollozo ahogado tembló en el cuarto.

—¡Dios mío! — exclamó la madre. — ¡Estamos matando a Margarita! ¡Ay, Dios querido!

Y con ella en brazos huyó de la cocina.

El hombre miró asombrado la escena. Con enormes dificultades, porque nacían en su mente extrañas asociaciones que lo alejaban de lo que quería, trataba de pensar. De la habitación vecina llegaban los sollozos de la niña mezclados con las palabras tranquilizadoras de la madre. Y aquellos gemidos, precisamente, eran los que perturbaban la atención del hombre. Había surgido en su mente la escena, vista en la mañana, de un cuzquito que se quejaba en la calle entre un corro de chiquillos. Y mujer, hija, perro, chicos, se mezclaban en tropel en su alma y se superponían...

El silencio volvió a reinar. De puntillas, la madre entró en la cocina con el pelo en desorden. El hombre, que estaba adormecido, abrió los ojos. Un momento su mirada vacilante cayó en la mirada de su mujer que era como el reflejo de la luz en un vidrio turbio. Y frente a aquellos ojos secos, heidados, llenos de odio, él agachó la cabeza. Su mano, que se había levantado de la rodilla donde posaba, se agitó un instante en el aire, se elevó un poco, aún, y, lentamente, volvió a buscar apoyo. Y con aire de humildad y cansancio, dijo:

—¿Por qué no me das la comida?

Recién entonces ella le sacó la vista.

Desde que Margarita comenzó a pensar, sintió la vida como una cosa fea y contrariadora. De todo cuanto anhelaba sólo muy poco llegaba a ella. Los tres chicos que durante la primavera y el verano vivían en la lujosa mansión de enfrente, solían aparecer en el jardín con juguetes hermosos. A

Margarita se le antojaba todo lo que desde su ventana veía. Y, más tarde, a veces días después, su madre ofrecíale un carrito demasiado vulgar o un caballito de lata o una muñeca entristecedora de tan pequeña y sin encantos. Un día, cuando su madre, sonriente, abría un pequeño envoltorio en el que traía un bebé de goma, Margarita exclamó contrariada:

—¡Ay, yo quería uno grande y de celuloide, como el de ellos!

La madre enrojació hasta el cuello; sus ojos llamearon un momento y brillaron con lágrimas de vergüenza. Todo el orgullo de una raza altiva, venida con ella a menos, le sacudió los nervios.

—¿Por qué te has puesto colorada, mamá?

Ella no respondió. En su mano trémula el pequeño bebé mostraba su cara de alegre inocencia.

—¡Eres mala conmigo, Margarita! — reprochó al rato; resolviéndose, por fin, a envolver de nuevo el muñequito.

Y abrió un cajón y hundió en su interior aquello que la estaba haciendo sentirse a sí misma empequeñecida, ridícula.

Lentamente la niña iba pensando con intensidad en la vida. Y comprendía que de nada servían los juguetes ya que poco podrían distraer y alegrar. Para ella la vida se reducía a un conjunto de hogares constituídos por los padres y los niños, adonde el hombre llega borracho, dice palabras terribles a su mujer y se golpea en ocasiones contra las cosas hasta hacerse daño; donde la madre trabaja silenciosamente y llora con frecuencia y donde los niños se pasan el día atisbando a los padres. Una mirada, sólo, basta para que el niño deduzca muchas cosas que van a suceder. Cuando el padre vuelve temprano de su trabajo y está sonriente, todo irá de una manera encantadora. El hablará a su mujer con cordialidad; ella sonreirá frecuentemente, y él cogerá a sus hijos, los pondrá en las rodi-

llas y les contará historias de lejanos países y tiempos remotos o, después de comer, dispondrá trocitos de madera que, pegados hábilmente, resultarán una hermosa sillita, o un sofá o una cama de muñeca. Pero cuando es ya tarde y el padre no viene y luego aparece tambaleante, con los ojos torvos, entonces, ¡oh!, entonces hay que huir a un rincón y permanecer inmóvil mientras la casa tiembla. Tal era la vida para Margarita; algo desatado, rabioso, cruel a veces, y, otras, una cosa linda y dulce que entristece porque de antemano se sabe que será fugitiva.

Margarita fué adaptándose a aquello. Sufría, pero tomaba su dolor como algo natural, a lo que no se le puede buscar explicación porque no la tiene.

Hubo unos días, en primavera, cuando el jardín vecino estaba más hermoso que nunca y entre los senderillos cubiertos de arena aparecieron nuevamente los niños, que empezó a ser llamada por éstos. Una tarde Margarita se resolvió y, pidiendo permiso a su madre, atravesó la calle. En la puerta de hierro se detuvo, indecisa.

—¡Entra! ¡Entra! — exclamó el mayor de los chiquillos.

Margarita, con su humilde trajecito blanco y su gran moña azul en los cabellos, jugaba feliz, al poco rato, con sus nuevos amigos.

Eran tres: dos varones y una niña. Los varones se mostraron muy amables y obsequiosos. El primer día ya uno de ellos quiso, de todas maneras, hacerle aceptar el ferrocarril que, dándole cuerda, corría a gran velocidad sobre un ancho círculo de rieles. El otro hizo caer a Margarita a fuerza de sacudirla en su propio caballo de hamaca. La niña había acogido a Margarita con más mesura, como a una antigua amiga. Entre otras cosas, contóle confidencialmente que a los varones no se les debe prestar muñecas porque las destrozan...



Una amplia escalinata conducía al jardín, desde la casa. Y Margarita vió venir por ella a la señora. Era joven y hermosa; tenía unos ojos oscuros, pequeños, muy alegres. La dama la acarició, rogándole que fuera todas las tardes a jugar con sus hijos. Margarita había visto al señor conversar momentos antes con ella, arriba. Y como la expresión de la señora era tan feliz, pensó:

—El papá hoy no está borracho.

Y simultáneamente se imaginó a aquellos tres niños agazapados en un rincón, y a la señora, llorosa, frente al esposo que rugía con las manos en alto: “¡Usted es una perra!” “¡Usted es una perra!”

—¡Qué suerte que yo haya venido en un día tan bueno!  
— se dijo — ¡Hoy todos están contentos aquí!

Esa noche Margarita tardó en dormirse pensando en sus amigos. Era que al imaginarse sus caritas dulces y buenas, crispadas de terror — como a veces su propia cara — cuando aquel señor tan alto e imponente llegaba ebrio, empezó a sentir por ellos una pasión casi maternal, penetrante, que iba creciendo hasta refluir y proyectarse sobre todos los niños que había visto y sobre todos los que presentía.

Una muchedumbre infantil apareció desde todas partes y hacia su alma con ojos de dolor, las manitas frías, los hombros curvados. Había una agitación astral en el triste conjunto que permanecía pendiente de Margarita. Y ella, saliendo de sí misma, desbordante de ternura, experimentaba la sensación de estrecharlos a todos contra su pecho, esperando más, aun más niños de los que, sofocados, concebía en el mundo misterioso y enorme.

Todas las tardes Margarita atravesaba la calle y se reunía con sus compañeros. Empezó a conocerlos bien. De los dos va-

## EL RAPTO

rones, el mayor, de once años, delgado y pálido, era violento y, como todos los impulsivos, no tenía medida en la ira y en el cariño. El otro, el menor de los tres hermanos, grueso y de blandas mejillas, era pacífico y llorón. En realidad tenía sus motivos para ser esto último porque en todas las cosas salía siempre muy mal. La niña adoptaba con Margarita una fineza extraña, como deliberada, quizá como inducida por alguien con premeditación. Margarita sintió desde el principio eso de raro que había en su trato; pero no llegó a analizarlo. Fué más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, cuando sospechó que acaso su amiga fué advertida por sus padres de cómo tenía que comportarse con ella.

Había un juego elegido por el mayor de los hermanos: el de los matrimonios. Margarita pasaba a ser su esposa y tenían la casa debajo de un pino gigantesco, en medio del jardín. El niño había decidido que sus hermanos constituyeran otro hogar en un pino cercano, adonde irían frecuentemente de visita, ya a caballo, ya en coche, ya en ferrocarril. Su hermana aceptó de muy buen agrado la idea; pero hubo un obstáculo insalvable: el gordo quiso a toda costa permanecer soltero, al igual que su tío, el siempre expansivo joven que solía ir a visitarlos en un larguísimo auto en donde venían siempre juguetes y dulces y más juguetes. Hubo, pues, que resignarse a constituir un solo matrimonio, y los otros dos niños quedaron como simples amigos de los esposos.

Lo primero que hizo él fué regalarle el bebé de celuloide de su hermana. Margarita se sintió muy dichosa. La señora, enterada, mandó esa vez a una criada con deliciosas confituras para el bautizo...

Todas estas cosas distraían algo a Margarita; pero a medida que amaba más a sus amigos deseaba más conocerles íntimamente su vida; es decir: su desgracia. Y empezó a observar

con extrañeza que en ningún momento había huellas de desdicha en los niños y en la madre. Además, el señor — a quien solía ver por una ventana que daba al jardín escribiendo sobre una mesa enorme cubierta de libros y papeles — venía en ocasiones y se les acercaba. Más de una vez acarició a Margarita con su mano blanca y fina. Más de una vez, también, su joven y bella esposa, al verlo, bajaba la escalinata, lo cogía del brazo y lo invitaba a pasear por los senderillos bordeados de flores.

Esas escenas llenaban de asombro a Margarita, y más aún cuanto que veía a sus amigos contemplarlas con la naturalidad de quienes están habituados a presenciarlas siempre.

Una tarde, avanzado ya el verano, la reunión de los niños se hizo en el fondo del jardín, donde a esa hora había más sombra. Fué en los días en que el gordo se enteró, por algún criado, que su tío vivía solo, sin madre, completamente libre, en una lujosa casa donde daba alegres fiestas a sus amigos. Debajo de una acacia enorme estaban colocadas algunas sillas traídas del vestíbulo y una mesita colmada de dulces y refrescos. La mamá había accedido generosamente a los deseos del gordo que, pensando imitar a su tío, quiso dar esa tarde una brillante recepción. Después que todo estuvo dispuesto, los invitados se habían alejado hacia el exterior, quedando solo el dueño de casa debajo de la acacia. Estirándose, en puntas de pie, su hermano oprimió el timbre de la puerta de calle. El gordo, que esperaba todo oídos el llamado, salió a recibirlos con jubilosa sorpresa. Margarita, su niño en un brazo, apareció dando, muy circunspecta, el otro a su compañero.

— ¡Qué criatura tan linda! ¡Deje, señora, que le dé un besol!

El gordo cogió al bebé, lo besó y se lo entregó a la madrecita que, al estrecharlo de nuevo contra su corazón, exclamó:

— Este diablito no nos deja dormir de noche, con sus llantos.

## E L R A P T O

Sonriendo con tolerante comprensión, el gordo los condujo a su casa.

—Espero también a una señora amiga mía — enteró tomando asiento primero que los otros.

De eso se hablaba cuando oyeron gritar en la puerta de calle.

Era la otra niña que, después de luchar en vano por alcanzar el timbre, había decidido anunciarse así.

Mientras se festejaban llegaron los padres y se sentaron en un banco próximo al lugar. Margarita, que los sintió aproximarse, estaba preocupada. No los podía ver; sólo escuchaba el murmullo de su conversación ininteligible por la algazara de los chicos. . . Y en un momento de calma oyó lo que, dulcemente, decía el esposo. Algunas palabras las olvidó pronto Margarita porque tenían un significado desconocido para ella; pero más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, le parecía oír frecuentemente: “Yo quisiera ser todavía más bueno, más bueno contigo”. “Todo me parece poco para ti que has hecho tan feliz mi vida”.

Margarita sintió claramente el golpeteo de su corazón. Con la fugitiva rapidez del relámpago, una sensación de amargo despecho apareció en su alma. Pero fué un momento, no más. Demasiado pequeña para tener la fuerza de atención que le permitiera fijar las ideas y analizarlas, aquello se ahogó pronto en un dolor profundo, oscuro y asimismo puro, que empezó a subirla y a recorrerla como en ondas.

Mientras intervenía en los juegos — se cansaron de estar sentados y habían abandonado la hospitalidad del gordo que siguió a sus invitados sin preocuparse del desaire — un tropel de ideas la asaltaron. ¿Aquel hombre no hacía daño a nadie? ¿La señora no sufría y podía estar siempre dichosa? ¿Sus pequeños amigos no sabían lo que era despertarse de noche

al sentir vomitar a su padre mientras la habitación se llenaba de un olor acre y repugnante? Ella quería saber; ella quería enterarse de si era la única niña en el mundo que tenía una casa espantosa.

El gordo y su hermana, con pequeñas palas, estaban atareados en hacer montículos de arena. Más lejos, Margarita y su compañero dormían al bebé por décima vez en la tarde.

—Cuando este niño sea grande, será general — se decía él ensimismado.

Ella, decidiéndose por fin, preguntó, mirándolo fijamente:

—Dime, ¿tu papá le pega a tu mamá?

—¿Estás loca? — exclamó él con los ojos ardientes de fiereza. — ¿Qué te crees tú? ¡De mi padre no se habla!

—No — repuso, tranquilizadora y demudándose, Margarita. — Yo decía... sabes... si le pega cuando se emborracha.

El niño se irguió furioso, con una mueca que le mostraba los dientes; cogió a la niña por los hombros, la sacudió con fuerza y exclamó, ahogado por la rabia y el llanto:

—¡Mi papá es bueno! ¡No vengas más aquí! ¡Mala!

Margarita cayó, pero se levantó rápida y huyó perseguida de cerca por el niño, mientras los otros dos chicos presenciaban la escena con ojos de asombro. La niña dió algunos pasos antes de echar a correr tras de su hermano. El gordo permanecía inmóvil, como alelado. Cuando el perseguidor estiraba ya el brazo para coger a Margarita, tropezó y se dió de bruces. Ella siguió corriendo desesperadamente. Sobre su cabecita rubia la moña azul parecía una mariposa en una mata agitada.

Al día siguiente, una criada llegó a lo de Margarita.

—La señora y los niños —dijo a la madre— le ruegan que deje a Margarita ir a jugar.

Pero todo fué inútil. Margarita se arrinconó a llorar en

un cuarto y de allí no hubo forma de sacarla. Cuando su madre, desistiendo ya, volvió al patio a seguir el lavado de ropa, Margarita entreabrió el postigo de la ventana y miró a la calle. En el jardín, con la cara entre los barrotes de la verja, los tres niños miraban tristemente hacia su casa.

—¡Margarita, ven! ¡Ven, Margarita!

—¡Ven! — repitió la niña.

—¿Por qué eres mala? ¡Ven, Margarita! — imploró el que fuera su mejor amigo.

Margarita cerró violentamente el postigo. Y en los días sucesivos ya no volvió a aparecer en la ventana. Sólo alguna vez, muy de tarde en tarde, se asomaba mirando recelosa a través del cristal. Y siempre que los niños la advertían, le gritaban con cariñosa tristeza:

—¡Adiós, Margarita! ¿Ya no vas a venir nunca más?

Llegaba el otoño, las hojas se dejaban caer de las ramas y cubrían el suelo, los pájaros habían desaparecido y todo se iba envolviendo en una calma profunda y melancólica. Una mañana hubo gran movimiento en la quinta. Varios hombres cargaban muebles sobre carros detenidos en la calle. Margarita, tratando de ocultarse, observaba desde su ventana. Los habitantes de la casa, como todos los años, iban a pasar el invierno en el centro de la ciudad. De pronto Margarita vió a los tres niños y, detrás, a sus padres, aparecer en la puerta del edificio, descender la escalinata y atravesar el jardín hacia la calle. Entonces Margarita abrió completamente la ventana y se asomó.

Al verla, la pequeña y el gordo gritaron:

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Adiós Margarita!

—¡Adiós! ¡Adiós! — contestó ella. Y clavó los ojos en su mejor amigo.

Instintivamente él se había detenido un poco y, separándose así de sus hermanos, caminaba ahora junto a su padre, con los ojos bajos, serio, más pálido que nunca.

—Vayan a despedirse de Margarita —dijo la madre al subir al auto.

Los dos pequeños cruzaron corriendo la calle y, trepándose al balcón, besaron a la niña.

El otro, gravemente, avanzó y esperó a que sus hermanos descendieran. Entonces le tendió su mano temblorosa y dijo con amarga tristeza:

—¡Adiós, Margarita! Yo... ¡no estaba enojado contigo!

—¡Adiós! — balbuceó ella, trémula.

El auto partió velozmente.

Al cerrar la ventana, Margarita sollozaba. Y como pocas veces en su vida, se mostró imperiosa, terca. Su madre no consiguió sacarla del rincón donde se puso a llorar. Cuando a la hora del almuerzo llegó su padre, quiso hacerla comer. No estaba borracho. Por eso mismo temblaba más y su voz era más débil. La acarició, trató de hacerle comprender que "el que no come no puede vivir..."; pero todo resultó en vano.

Este estado de rebelión duró poco. Después fué cayendo en una tristeza profunda y calmadora a la vez, que, secretamente, la alejaba de todo y la hundía en sí misma. Por la noche, al acostarse, ya no veía frente a ella una muchedumbre de niños sufrientes sobre los que podía volcar su ternura. Un sereno dolor la envolvía entonces. Y aparecía ella misma ante sus ojos; sólo ella, sólo ella en el mundo misterioso y enorme.

La piedad que experimentaba por su madre extinguíase lentamente. Y se borró de golpe, sin dar paso a la menor sombra de odio, el día en que la sorprendió sacudiendo con rabia

## EL RAPTO

a su padre, mientras éste hacía arcadas horribles y arrojaba una saliva gomosa que quedaba colgando en hilos de sus labios. Entonces recordó que varias veces, sobre todo en sus primeros años, cuando su madre quizá pensaba que ella no podía comprender aún, le había visto el mismo gesto de asco y odio altivo. Y que una noche, en la oscuridad del cuarto, desde su cama, oyó a su madre decir en el patio, entre rabiosos sollozos, después de ser golpeada:

—Yo no hice caso a mis padres. Y en vez de vivir en un palacio, elegí tu casa perversa e inmunda.

Y como cuando él pegaba no hablaba, Margarita sólo sintió un gemido y el ruido de un cuerpo que se daba contra el suelo. Caída aún la madre, a Margarita le pareció que su voz salía de abajo de la tierra, al exclamar:

—¡Maldito, maldito seas!

Mas, ahora, su padre ya no era violento; su cuerpo y su alma se habían como aflojado, y en sus ojos húmedos existía siempre una indescriptible expresión de entrega. Por eso, a Margarita le pareció más cruel la actitud glacial de su madre. Y los últimos restos de su ternura se proyectaron con ardor sobre aquel desgraciado. Pero sólo dos veces se sentó en las trémulas rodillas de su padre y lo abrazó, besándolo. Desacostumbrado a esas expansiones de amor, él no se dejaba besar y acariciar sin estallar en sollozos. Eran unos gemidos tan extraños que sacudían el alma; Margarita, al oírlos, sentía el mismo estremecimiento misterioso que experimentaba cuando, en la alta noche, más allá del jardín de enfrente, ladraba un perro desconocido. Dos veces se sentó en las rodillas de su padre, sí. La primera vez empujada por su amor; la segunda, reflexivamente, ya. Después vió que la comprobación de sentirse asistido conmovía a su padre hasta el daño. Un sollozo, entonces, brotó de la garganta de la niña. Y se mordió los labios.



Todos los días, a esa hora en que las sombras de la noche empiezan a fluir de la tierra y, como trabajosamente, van levantando, levantando la luz hasta alejarla de los ojos del hombre, Margarita penetraba a oscuras en el dormitorio, entreabría el postigo de la ventana que daba a la desierta calle y se sentaba allí. El jardín vecino estaba en sombras y la gran mansión destacaba por encima su silueta.

Poco a poco el espíritu de la niña se iba alejando de lo que la rodeaba y un estado semejante al del éxtasis la poseionaba toda. Margarita no comprendía nada, no imaginaba nada, su voluntad en nada intervenía. Pero se sentía como acariciada, como atraída, como acunada, y le gustaba adormecerse así. Tal cual entra y pasa la luz por un cuerpo transparente, así llegaba, la atravesaba y seguía algo que no dejaba en ella sino una vaga sensación de infinita dulzura. Todo se reducía a un inexplicable bienestar que la empujaba a aislarse desde que las primeras sombras se alargaban hacia el cielo. Al principio, aquello pasaba debajo de su conciencia; después, aguardaba a la noche como se espera algo muy puro, muy amigable. Y al sentirla llegar misteriosa, maternal, íbase debilitando su atención y se entregaba íntegra a las sombras cuyas ondas negras la envolvían en la dulzura infinita de sus pliegues y ponían entre ella y el mundo su presencia defensora. Fué entonces cuando Margarita tuvo la sensación de que empezaba a ser firme, tenazmente protegida. Y con toda su alma se dedicó a ahondar en el corazón de la noche. Como aquella lenta y paulatina identificación se operaba fuera de sus sentidos, no comprendía luego, al volver a la realidad, lo que había sucedido en los contactos cada vez más íntimos y largos; pero una frialdad intensa empezaba a extenderse por su conciencia, tornándola insensible a todo lo exterior; y pudo presenciar sin que su corazón se conmoviera la caída de su padre en completa

idiotez, y el cada vez más inexorable desquite de su madre. Como una cuerda permanece muda mientras las demás sueñan y, de pronto, vibra sin que la pulsen porque otra se ha sacudido con vibración idéntica a la suya, y confunden su música, entonces, y se estrechan así, de tal manera el alma de la niña sólo se abría el nocturno llamado. Entonces, en su profundo amor, en su entrega absoluta, dejaba penetrarse, desprenderse silenciosa y acunarse, serenamente, en el regazo tranquilo de la noche.

Sobre una mesa se amontonaban los frascos de medicamentos; de los nuevos medicamentos que el doctor recetó el día en que, por fin, dijo a la madre:

—Todo hacía suponer que no; pero, sin embargo... La niña está muy débil y en muy mala edad. Habrá que tener mucho cuidado.

Cuando el reloj indicó las seis, la madre, que no sacaba de la blanca esfera sus ojos de pescado, fríos, turbios, secos, se incorporó, cogió un frasco y una cuchara y se acercó a la cama de la niña.

Margarita, pálida, con los ojos cerrados, parecía un varón, porque sus cabellos rubios, aquellos cabellos de oro tibio, de oro que vive, donde se alzaban antes las alitas azules de su moña, habían sido cortados.

La madre le levantó la cabeza y vertió la cuchara entre sus labios secos. Luego volvió a sentarse en su sillón, postrada por el cansancio y el sueño. A su lado, inmóvil, como aterrado, como culpándose de aquella desgracia, el hombre no sacaba los ojos del suelo.

La noche se aproximaba lentamente y empezó a tenderse por el cuarto. Al advertirlo la mujer encendió una bujía cuya claridad amarillenta y débil hizo retroceder un poco a las ti-

nieblas. El airecillo que penetraba por la puerta agitaba la llama. Así, a cada movimiento, las sombras y la luz se desplazaban. El lecho de Margarita quedaba en un ángulo oscuro. Y desde allí parecían impulsarse las tinieblas y reducir la llama que, irguiéndose de nuevo, temblorosa, empujábala otra vez hacia atrás.

La tibia lucecita se tornó luego como un barco en el mar en un mar tranquilo, pero inconteniblemente empujado de abajo, que hamaca todo lo que cae en él. . .

Sólo Margarita sintió el ladrido del perro desconocido que debía de vivir más allá del abandonado jardín. Sólo ella lo escuchó. Entonces abrió los ojos. A su lado vió a la noche tranquila y envolvente. Margarita le sonrió con dulzura. Y aquellos labios para siempre quedaron entreabiertos. Porque Margarita ya no estaba allí. Porque, piadosamente, Ella la había sacado.

(1926)

## LOS CINCO

El primer sábado de carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz —doce de la mañana— muy ansiosos después del largo aguardar ya prontos, aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de “¡Bah!... ¡Bah!... ¡Caballo!...”

El caballo lo forma un arco de alambres retorcidos en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que insinúa las formas del animal sostiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo, ocultando los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Los brazos armados de rebenque se alzan entonces y se abaten, punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a sus pingos,

que en vano hacen por librarse, con brincos, de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano —las cosas allí no son juguete— aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las canteras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los brincos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices...

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

—¡Flor de jinete!

—¡A qué no lo volteal!

Y al que marcha adelante —patrón o jefe— parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vió quién fué; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, entre llamaradas, corre hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! — y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

—¡Eso está mall ¡Eso está mall — protestan, imposibilitados de apearse, los compañeros del accidentado, corriendo hacia la profunda cantera, dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

—¡Consigan una piola!... ¡Pero mire qué cosa! — grita con voz resonante.

—¡Si se corre más acá, hace pie, don!

—¿Para adónde? ¿Para allí?

—Síiii.

—¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

—Bueno, ¿y van a traer piola?

—Síiiii! ¡Pantaleón fué a traer la del pózooo!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejenós pasar a nosotros, pues!

—¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado. Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un “¡Pero qué cosa!”, ellos sueltan, también, hacia abajo:

—¡Pero, pero qué cosa!

—¡Pero, pero qué cosa!

—¿Se mojó el caballo? — hace descender uno.

—¡Sí, está empapado!

—¡Pero mire qué cosa!

—¡Guarda! ¡Den paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

—¡Agarresél... ¡Y con los pies vaya ayudándooo!

—Sí, pero... ¡y no ve! — sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorba.

—¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote para el costado y usted corrasé para el otro costado!...

—¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos a todo lo que dan.

—¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiozo uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a atender el foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiéndose cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como cabalgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

—¡Ayude uno, que pesa una barbaridad por el agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientras al frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin saber dónde meterse. Son brasas los ojos del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la piola, grita a los amigos del caído:

—¡Retirensén para que se acerque el señor!...

—¿Y para dónde?

—¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo traxto desgarbado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

## LOS CINCO

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

—¡Pero retiresé, pues, usted también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces. . .

—¡Para ahí no! ¡Para ahí no! ¡que están los otros!

Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. La quemazón ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

—¡A mí!, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grandes hotes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

—¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos nosotros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al cam-



posanto. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

—Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

—Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

—Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de a rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogocidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran el pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo,

## LOS CINCO

consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cae que se caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado: mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y como de la otra acera también los befan, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándose. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

—¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páselos! — grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldado pasa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se dice tornando la cabeza, de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos, sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

—¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, a penas. Porque entre un brusco estrépito, derribándolos, derribando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

(1933)

## ¡ Q U E   L A S T I M A !

Paró la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

—¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vió recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embarga frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con “¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!”, la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor. . . A nadie culpaba. Cual si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso está bien! —se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él porque no había más nadie.

—Otra caña —añadió posando en Sosa una mirada tiernísima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran “vaso particular” y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de la barriada le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: “Usted lo que precisa es lentes”.

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, desde su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

—¿Es forastero el señor?

—Es verdá. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

—Buena gente, sin despreciar... ¡Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras adquiría, buscó inútilmente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! —pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la joven se retiró, sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vió salir del monte con una carga muy grande. Con ahinco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte,

otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo:

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero. Me la rebusco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel “¡Qué lástima, qué lástima que los hombres sean tan pobres!”, que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un “¡Qué lástima!”, sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrero para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secretamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, corría sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo:

“Las cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más...”

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser: “Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!”

Algún recuerdo muy hundido fué tocado por esta frase, y manoteó de nuevo a la conciencia la imagen de la muchacha con sus verdaderas palabras. Lo que tenía que seguir era: “Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco...” Y esto lo volvió por entero a la realidad. Allí fué donde el negro se puso inquieto. Inclínó a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parroquianos. Dejó la pluma. Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran “vaso particular”. La vista le oscilaba.

—Otra güelta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la carta, comenzó a turbarse con cosas menos crueles. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco “Aquí no pagamos nada y se acabó”, se puso a la expectativa.

—Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usted era una persona gente —confiaba tiernamente Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo —alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo— todo como él, si él no tuviera botas, posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérsese a Sosa el carro y la yegua tordilla.

Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su compañero.

—Usté, Juan Pedro, cuando quiera la yegua va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó salir libremente, de toda la boca, el humo.

—Usté, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua. . . Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión quería más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

—Y si la yegua no está. . . ¡usté la saca lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que “si la yegua no está, la saca lo mismo”, se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro —seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierta caballo de que una vez fué dueño se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorio? Cuando



comprendió para qué lo quería —para quererlo, precisamente— era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia “La Tablada”. Y pasó de regreso, a los días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que caballo y tropero desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó más.

—La yegua es suya. . .

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya!

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y trajo otra vuelta.

—Es suya, digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usted no me entiende lo que le quiero decir —advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó inútilmente la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos del negro cuyo espíritu había caído en la conversación como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió sin respirar.

—¿Y qué es de esa preciosa vida?

—Bien, por el momento —contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

¡Cómo ladraban los perros, lejos, desde el fondo de la noche!

—Yo soy así ¡Yo soy así! —sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha.

Ahora sí lo veía Juan Pedro. Medio borroso, pero lo veía. Percibía el bigote, los pantalones por encima del tobillo, las alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dió a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como el ventarrón

a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

—¡Cuidao, Sosa, cuidao con el escalón!

Sin mirar, el negro vió la mesa, el lapicero, la carta. Y vió cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

(1933)

## RANCHO EN LA NOCHE

*Sobre la tierra de los hombres nada  
verá el ojo más blanco que aquel blanco.*

*D' Annunzio.*

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? “—¡Qué bella eres! —cantan—. ¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco! ¡Blanco santo!”

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía: más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí mísero: “¡Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!”.

Dentro —negro terrón, paja dorada—, dos Claveles se estiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo. Marcial éste, en su marcha, para darse ufanía. ¡Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

—¡Qué manera de hacer calor!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

—No es nada, no; no es nada.

Un Gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, ro-

deándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y rojos. Él, de immaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

—¡Adiós, queridal! ¡Qué alas tan lindas!

—¡No, qué...! ¡Lindas son tus hojitas verdes en la cintura!

Estrépito de latas chisporrotea y crepita. Que en el patio, sobre tarros y escandalosos jarros, una cabalgadura de alambre y trapo ha ido a costalar, resonándolos. Jinetes barbudos irrumpen en la sala. ¡Oh!, a saltos en la sala, desparramando sillas y gente hacia los rincones, contra la pared.

—¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En los botes y brincos las gualdrapas descubren, en vez de casco, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al techo, paja de oro. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa en su frágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el patio, expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábrese a la noche. A la diáfana libertad ofrecida entrégase el polvo, desvanécese entre cánticos: "No hay blancura más blanca que su blanco..." Embebecida en un sueño más blanco, todavía, ella, la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí misma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema asordinado y exacto: "¡Oh, qué blanco tan blanco el de su blanco!".

—¡Qué lo tiral! ¡Sujetel! ¡Ay, Dios, qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas verdes.

—¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues... Al patio pálido de luna y de dos linternas, dos faroles amarillos; de luna embebecida en sí misma, cerrada en blanco, abier-

ta sólo a su interior, más blanco, todavía, y demasiado alta e inasible, empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida de amor, de las linternas. Suena la tierra entera: piedra y monte y agua y carne, ahora emblanquecidos. Sueña la tierra entera, ahora: "¿Dónde, dónde blancura ya más blanca? ¡Ninguno así de blanco entre los blancos!"

Y Juan Pérez, ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como marposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne, muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asimismo —tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con dificultad para que pueda transponer el estrecho, bajo dintel— la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

—¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

—¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazurro: parla y látigo. Más polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

—¡Qué tierra!

—¡Pare al instante el bicho!

—¡A ver, que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

—¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpica!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acordeón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡Qué cosa!" —musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, obscuramente.

—¡Qué linda, ay, Dios!, ¡qué linda pieza es la que va a empezar!

—¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador —ha dicho el Perro, trémulo.

—¡Esas ramas, ay!

—¡Cuidado con sus ramas!

—¡Ay, qué fastidio! ¡Esas ramas que arañan!

—¡Es que es de balde, no se puede bailar así vestido! Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáqueme a mí despacito para el patio. ¿No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

—“¡Oh” —ha gemido el acordeón—. “Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía...”

—“¡Oh! ¡Oh!” —las guitarras dejan brotar en trabazón obscura—. “¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!”

—“¡No estaba durmiendo, no! ¡Me oía!” —vuelve a quejarse, desde su fatiga, el acordeón—. “No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, ¡todo!”

—“¡Oh! ¡Oh!” —murmuran las guitarras, obscuramente—. “¡Oh! ¡Oh!, ¡ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo... y ríe!”

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

—“¡Estoy todo mojado!... ¡Me estoy muriendo de frío!... ¡Me estoy muriendo de este frío!”

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes. Un brusco bordoneo —sí, una mano— que las ciega, piadosa...

—¡Ah!, le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre

los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol ¡y se horroriza!

—Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

—¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

—¡Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

—Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían quehacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada toda la noche por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza techumbre de oro muerto, y sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay!, están gimiendo; gritan, ahora, las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho tras los horizontes. Can rabioso, sierpe pérfida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensañante...

Otra vez ruedan latas con escándalo. Que en la doma del patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volteado al oso —dormido en su borrachera— patas arriba, sobre jarros y tarros... Pata de Palo —bota y palo— tira del en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez, sosteniendo al salvador, que tambalea.

—“¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!” —murmuran adentro ellas, las guitarras, obscuramente—. “¡Oh! ¡Oh!”



—¡Qué trabajo para hacerse la cola!

—No, parece. Y es del año pasado.

—¡Ah, usted... la guarda!

—Sí, la guardo... y después me la pongo.

—“¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!”

—“¡Pero me oía, sí! ¡No estaba dormida, me oía!...”

—“¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo, y ríe!”

—¡Ay! ¡A bailar conmigo entra Pata de Palo y está borracho como una cuba!

—¡Pata de Palo, no empuje!

—¡Pata de Palo, que me pisa!

—“¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!...”

—“¡Estoy mojado, todo mojado! ¡Y me oye golpear porque está despierta!... ¡Me oye, sí... sí... sí!...”

—“¡Oh!, ¡oh! ¡Ha puesto gruesas trancas! ¡Se va a morir de frío, de este frío!”

—¡Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas immaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

—Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

—“¡Oh!, ¡oh! ¡Ha puesto trancas! ¡Oh!, ¡oh! ¡Qué cosa! ¡Lo va a matar... de frío, de este frío!”

—Siéntense en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y, ahora, que beba la Muerte. Yo, después, el último... Y, después, nosotros dos nos vamos y no vendremos nunca más. ¿Y usted, Muerte?

—¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolinantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas, dejando sin rutas al humo aquél y al polvo, en su fuga enloquecida...

Silencio... Silencio... Junto a macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

—Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

—“¡Oh!, ¡oh!... ¡Oh-íal!... ¡Oh-ía!...”

¡Se cayó Pata de Palo!

—“¡Oh!, ¡oh-íal!... ¡Oh!, ¡oh-íal!...”

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...

Silencio.

(1936).

## INDICE

El rapto	5
Los cinco	21
¡Qué lástima!	29
Rancho en la noche	37

ESTE LIBRO  
EDITADO POR  
NUMERO,  
SE TERMINO DE IMPRIMIR,  
BAJO EL CUIDADO DE  
SARANDY CABRERA  
EL 30 DE SETIEMBRE DE 1950  
EN LA  
IMPRESORA L.I.G.U.  
CERRITO 740  
MONTEVIDEO.

NUMERO  
HA PUBLICADO

las siguientes obras:

JORGE LUIS BORGES  
*Aspectos de la literatura  
gauchesca*

—  
IDEA VILARIÑO  
*Paraíso perdido*

—  
SARANDY CABRERA  
*Conducto*

—  
MARIO BENEDETTI  
*Sólo mientras tanto*

—  
*Diario de Viaje a París, de*  
HORACIO QUIROGA

—  
VARIOS

*La Literatura Uruguaya del 900*  
*Reedición del volumen especial*  
*Nº 6. 7. 8.)*

—  
TIENE EN PRENSA:

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL  
*José E. Rodó en el novecientos.*

—  
MARIO BENEDETTI  
*Marginales.*

—  
IDEA VILARIÑO  
*Por aire sucio.*

—  
PREPARA:

JUAN CARLOS ONETTI  
*Sueño realizado y otros cuentos.*

—  
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL  
*La novela contemporánea.*

—  
MANUEL ARTURO CLAPS  
*Tres ensayos filosóficos.*

